

# El Reino de lo pequeño

**Textos bíblicos: Ezequiel 17, 22-24 / Salmo 92 / Marcos 4, 26-34**

*No siempre podemos hacer grandes cosas,  
pero sí podemos hacer cosas pequeña  
s con gran amor.*

*Sé fiel a las cosas pequeñas,  
ya que es en ellas donde la fuerza reside.*

*Hay muchas personas dispuestas a hacer grandes cosas,  
pero hay muy pocas personas dispuestas a hacer las cosas pequeñas.*

En estas palabras de la Madre Teresa de Calcuta, el cantautor uruguayo Luis Alfredo Díaz encontró inspiración para escribir una breve y hermosa canción “Es grande tener fe en las cosas pequeñas que apenas se ven”, para recordarnos que solo siendo fieles en lo poco, podremos ser fieles en lo mucho; que una fe diminuta, como un grano de mostaza, es suficiente para mover montañas; que la sal y la levadura, invisibles en medio de la masa, pueden aportar sentido, sabor, crecimiento y transformación; que el reino de Dios toma forma desde lo pequeño, que Jesús ha venido para colocarse al lado de los pequeños, de los más vulnerables, de los más frágiles.

Jesús nunca se propuso dejarnos una definición clara y precisa del reino de Dios. Siempre habló del reino de manera indirecta usando la parábola, la narración, las comparaciones. Y lo hizo así porque el reino de Dios es un gran misterio, pero un misterio que podemos experimentar, que podemos vivir y anticipar aquí y ahora. Por otro lado el reino de Dios no admite una definición porque es como Dios mismo. No podemos separar a Dios de su reinado. A Dios no podemos encerrarlo en un concepto, no podemos limitarlo a una doctrina, no podemos determinar dónde y cuándo Dios ha de manifestarse. Sin embargo, sí podemos conocer a Dios, tener una relación personal con él, reconocer su acción en el mundo y en nuestras vidas, recibir su gracia y su amor y colaborar con la misión que Dios despliega en el mundo.

De igual manera, el reino de Dios no cabe en nuestras definiciones pero sí podemos sentir su presencia y ser parte de él. Jesús nos dice que “el reino de Dios ya está entre nosotros”, y esto significa al menos dos cosas. Primero, Jesús mismo hace presente y cercano el reino. En las palabras y acciones de Jesús el reino irrumpe en la vida y en la historia de las personas. Y segundo, el reino se hace una realidad visible y palpable en la medida en que nosotros seguimos haciendo presentes, actuales, significativas las palabras y acciones de Jesús. Cuando el amor, el perdón, la justicia, la paz se hacen visibles y concretos en nuestro testimonio de vida, en nuestras relaciones humanas, tenemos un avance, una señal del reino de Dios, no de manera plena pero sí como anticipo.

La parábola de la semilla de mostaza es una de las diversas imágenes que Jesús utiliza para hablarnos del reino. ¿Qué podemos aprender acerca del reino de Dios por medio de esta breve narración?

*En el reino crecemos para compartir lo que somos y tenemos*

Una semilla de mostaza es sembrada en el campo, crece, se desarrolla y logra ser un hermoso árbol en cuyas ramas las aves del cielo hacen su nido. Esta planta de mostaza ha encontrado su lugar en el mundo, ha crecido y desde allí ofrece sus frutos, y en sus ramas otras criaturas encuentran su hogar. Lo que era pequeño se ha vuelto grande, pero esta grandeza no es un fin en sí misma. La planta de mostaza se ha convertido en un árbol para dar fruto y para cobijar la vida entre sus ramas. Una forma de vida ha servido de sustento a otra forma de vida.

Podríamos revisar nuestra vida y compararla con la planta de mostaza, y preguntarnos: ¿cuál es el huerto donde fuimos sembrados? ¿con qué otras plantas en el huerto hemos compartido nuestro crecimiento? ¿cuáles son nuestros frutos? ¿quiénes han encontrado amparo en nuestras ramas? ¿en qué aspectos necesitamos seguir creciendo? Esta historia nos invita a extender nuestras ramas en servicio a los demás, a crecer no solamente hacia arriba sino hacia los lados, alcanzando a todo aquel que pueda necesitar amparo, seguridad y esperanza de vida en nuestras ramas. La parábola también nos invita a entregar lo que solamente cada uno y cada una puede entregar, su propio fruto. La planta de mostaza tiene su propio aroma, su propio sabor, su propio color y tamaño, es un árbol único y ningún otro árbol en el mundo puede ofrecer lo mismo. Así también nosotros. Tenemos fuerzas, capacidades, saberes, experiencias y sentimientos únicos para compartir y que nadie más puede ofrecer de igual modo.

Pero no llegaremos a ser esa planta de mostaza que crece y comparte sus frutos y sus ramas por nuestro propio esfuerzo. El evangelio de Juan nos recuerda que Jesús es el árbol y nosotros somos las ramas. Si permanecemos unidos a Jesús, él permanecerá en nosotros. Las ramas no pueden dar frutos si están separadas del tronco. Así que separados de Jesús nada podremos hacer. El reino de Dios es una oportunidad de crecimiento para compartir lo que somos y tenemos, pero ese crecimiento no se da de manera individual, aislada. Es necesario crecer juntos y unidos a Jesús.

*El reino de Dios es una promesa para toda la creación*

Repasemos los personajes de la parábola. El hombre que siembra, la tierra, la semilla de mostaza que se vuelve un árbol, las hortalizas, las aves, el cielo. Todos forman parte de un mismo escenario, todos conforman la historia y ninguno de ellos queda fuera de la manifestación del reino de Dios. Cada uno de ellos tiene un lugar y un propósito en este cuadro, todos se necesitan mutuamente, y esa conexión entre ellos es también parte esencial del mensaje que la parábola nos quiere comunicar. No es posible el árbol sin la tierra y sin que alguien siembre la semilla, no es posible que las aves puedan anidar si no hay un árbol con ramas. Si falta algún elemento el mensaje del reino estaría incompleto, pero no solamente el mensaje sino la manifestación misma del reino estaría incompleta.

El reino de Dios no compete solamente a los seres humanos sino a estos en su relación con todo lo creado. Las promesas y bienaventuranzas del reino de Dios alcanzan a toda la creación. Así lo afirma el apóstol Pablo en el capítulo 8 de su Carta a los Romanos:

*La creación espera ansiosa y desea vivamente el momento en que se revela nuestra condición de hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por voluntad de aquel que la sometió; pero latía en ella la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera viene gimiendo hasta el presente y sufriendo dolores de parto. Pero no solo ella. También nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior anhelando la liberación de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación está relacionada con la esperanza.*

De acuerdo con Pablo, la creación participa de la liberación humana y viceversa, no es posible concebir la liberación de las personas sin la liberación del resto de los seres vivos. Por ello, los seres humanos necesitamos reconocer nuestra responsabilidad en el estado corrupto al que hemos conducido a la creación divina, corrupción que se evidencia no solo en el daño causado a otras personas, sino también al resto de la Tierra.

Tanto al comienzo como al final de la Biblia encontramos la figura del árbol de la vida, primero en el jardín del Edén, después en la plaza de la nueva Jerusalén en el libro del Apocalipsis. En ambos lugares, el árbol de la vida ha sido colocado para alimento y curación de las personas y las naciones. El árbol de la vida está presente en el mundo creado por Dios y se relaciona con los demás seres vivos ofreciendo sus frutos y beneficios. El reino de Dios no solamente incluye en su proyecto de vida a todo ser viviente sino que es un espacio donde aprendemos a relacionarnos, a convivir, a coexistir de tal manera que ya no es posible vivir fuera de la relación con otras formas de vida. El reino de Dios no es el reino de la independencia, el individualismo y la violencia sino el reino de la interdependencia, la vida en comunidad y la paz.

*El reino se manifiesta desde los pequeños de este mundo*

En el libro de Daniel, capítulo 4, encontramos un relato que vamos a comparar con nuestra parábola de la semilla de mostaza. Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha tenido un sueño extraño. Un árbol muy grande se levanta en medio de la tierra, su copa llegaba al cielo y se le podía ver desde cualquier lugar. Sus frutos y sus hojas eran tan abundantes que podían alimentar a todos. Las bestias del campo descansaban bajo su sombra, las aves hacían nidos en sus ramas y todo ser viviente dependía de aquel árbol. De repente, un ángel del cielo pronuncia una dura sentencia: el árbol debe ser cortado, sus frutos esparcidos, y quedará solamente el tronco y las raíces, y será sujetado a la tierra con cadenas, se volverá un animal y comerá la hierba del campo. Y todo esto sucederá para que las naciones sepan que el Dios altísimo tiene poder sobre los reinos humanos, que Dios puede convertir a la persona más humilde en gobernante de un pueblo.

Daniel comunica al rey el significado de aquel sueño. El árbol es el propio Nabucodonosor quien ha crecido y se ha hecho poderoso, y su dominio se extiende por toda la tierra. Pero Dios ha dictado sentencia contra el rey, será separado de la gente y vivirá como una bestia comiendo la hierba del campo hasta que reconozca que el Dios altísimo tiene poder sobre todos los reinos humanos. Si aún se preserva el tronco del árbol con sus raíces es para dejar abierta la posibilidad de que el rey vuelva a ser lo que era antes si y solo si reconoce que Dios es quien tiene el poder. Por tanto, el rey debería actuar con justicia y no pecar más, deberá poner fin a su maldad y ocuparse de los pobres. Tal vez así el rey pueda seguir viviendo en paz y prosperidad.

Este relato nos ayuda a no equivocarnos el camino que nos conduce al reino de Dios. Hay un árbol que expresa el poder de los reinos humanos, el poder que se construye sobre la base de la prepotencia, la dominación, la injusticia y la violencia. Y hay otro árbol que expresa el poder del reino de Dios cuyos frutos son la humildad, la justicia y la misericordia. Ya lo dice Jesús en el evangelio: “el que se engrandece a sí mismo será humillado y el que se humilla será engrandecido”. Humildad, justicia y misericordia es lo que Dios pide de nosotros, esos son los ingredientes del reino.

De ahí que la señal del crecimiento en la parábola es una alerta contra el triunfalismo del crecimiento. La planta de mostaza ha crecido en verdad pero sigue siendo una hortaliza, un árbol pequeño, solo supera en tamaño a las demás hortalizas del huerto. De manera que el reino de Dios crece pero no para igualarse a los reinos de este mundo. El entorno donde crece la semilla del reino es más bien el entorno de lo pequeño, entre los pequeños se manifiesta el reino. No se trata de concentrar el poder en un árbol único cuya copa llega al cielo, se trata de hacer presente el poder de Dios en pequeñas plantas de mostaza que pueden crecer en todos los rincones del mundo. De modo que la fuerza transformadora del reino de Dios se haga presente en todo lugar pero no buscando grandeza y privilegios sino sirviendo, ofreciendo sus frutos humildemente.

Mis hermanos y hermanas, la parábola de la semilla de mostaza nos invita a ser parte del reino de Dios. Nos invita a crecer juntos y unidos a Cristo para poder compartir lo que somos y tenemos. Nos invita también a reconocer que el proyecto del reino de Dios no es solo para las personas sino para toda la creación. Nos invita finalmente a trabajar por la extensión del reino de Dios con humildad, misericordia y justicia. Mucho se ha dicho acerca de esta parábola, muchas han sido las interpretaciones sobre esta breve historia. Alguien dijo alguna vez que la semilla sembrada en el campo es el evangelio sembrado en los corazones humanos. Es Cristo mismo viviendo y creciendo en nuestra vida. Quiera Dios que esa semilla del reino que ha sido sembrada en nuestros corazones no deje de germinar, que podamos ser misioneros del reino de Dios en total disposición a crecer cada día, extendiendo nuestros brazos para darle abrigo a la vida, ofreciendo frutos de amor, reconciliación y paz. Amén.

*Amós López Rubio / 13 de junio de 2021*